

LA CONQUISTA DE SARKOSTA.¹

¿Quién diera á mi deseo
Tantos lauros contar? Cada llanura
Fué campo de batalla,
Cada colina vencedor trofeo.
Los sitios mismos que el baldon miraron,
Miraron la venganza, y las afrentas
En torrentes de sangre se lavaron.

QUINTANA.

INVOCACION.

Ebro sagrado, que bañas
tranquilo y majestuoso
la ciudad de los Justicias,
de la Virgen-Madre solio:
que, entre bosques de laureles
que forman tupido toldo,
cruzas la risueña vega
que Sarkosta tiene en torno:
tú cuyas ondas de plata
esconden palacios de oro,
en donde viven las náyades
de verdes lánguidos ojos,
de formas voluptuosas

{ de peregrino rostro:
á cuyas verdes orillas,
y en las ramas de los olmos
cuentan tu historia los silfos,
cantan tu gloria los gnomos:
tú que, en las noches de luna,
de resplandor misterioso,
ceñido de verdes algas
levantas tu viejo rostro
para besar las murallas
de aquel pueblo siempre heróico:
tú á quien su tributo rinden
cien bullidores arroyos

(1) Composicion señalada con ACCÉSIT en el Certámen literario-artístico celebrado en Pamplona en 1884. (Véase tomo XI, pág. 357).

que, entre mirtos y violetas,
 van resbalando sonoros:
 tú que traes de las montañas
 cuentos mágicos y hermosos,
 que, á la luz de las estrellas,
 en las fuentes y en los sotos
 te refirieron los genios
 de la noche, en dulce coro,
 haciendo crujir los élitros
 fantásticos, luminosos,
 en tanto se columpiaban
 en flores de boton de oro
 ó bien de las madresevas

en los zarcillos rizados:
 Inspírame, te lo pido,
 cuéntame, Ebro caudaloso,
 la epopeya grandiosa
 del *Batallador* Alfonso,
 evoca el dia feliz
 en que reflejaste atónito
 en tu tranquila corriente
 no ya el estandarte rojo
 no ya el Tug de los creyentes
 sino el pendon glorioso
 las cuatro barras de sangre
 y la sagrada Cruz de oro.

PARTE PRIMERA.

LE GALIB ILÊ ALÁH (SOLO DIOS ES VENCEDOR).

I.

LA SULTANA.

Del alcazar de la Zuda
 en la más alta terraza,
 bajo pabellon de seda,
 que adornan flores de plata,
 está el Amir Amad-Dola ¹
 junto á la hechicera Zaida.
 Zaida, cuyos labios son
 una entreabierta granada,
 Zaida, que formó Azael
 del mar con la espuma blanca,
 con aromosos jazmines,
 con frescas rosas y nácar

con las aguas de los lagos
 que copian el cielo de Asia,
 con perlas y con rubíes,
 robados en el alcázar
 del Profeta, con el tallo
 de las palmeras de Arabia,
 con los lirios de los valles,
 con el beso de las auras.
 y el susurro de las fuentes,
 pues es espuma en lo blanca,
 es de jazmines su frente,
 es su tersura de nácar.,

(1) Amad-Dola, último amir de Sarkosta.

de rosa son sus mejillas,
 rubis y perlas formaron
 su boca, y es más flexible
 su talle, que el de la palma,
 y sus breves piés, dos lirios
 parecen y sus palabras
 más dulces son que el murmullo
 del arroyuelo, que salta
 entre las guijas del cauce
 orlado de verde grama:
 y es su aliento más balsámico
 quebalsámica es el aura
 que besa, fugaz y alegre,
 la corola embalsamada
 de las flores de la vega,

de Mago en una alborada.
 Enloquece su sonrisa,
 sus suspiros arrebatan,
 sus palabras embebecen
 y fascinan sus miradas,
 que dulces son de gacela
 y fieras de tigre hircana.
 Tal es Zaida y sin embargo
 Amad-Dola, sus miradas
 no fija en ella, y el ceño
 no desarruga al mirarla.
 Una nube de tristeza
 sus ojos negros empaña,
 y á veces triste suspira
 y vierte furtiva lágrima.

II.

PRESAGIOS Y NOSTALGIAS.

«¿Qué tienes, amir, qué tienes?
 ¿Por qué bajas la cabeza,
 como los robles tronchados
 por la impetuosa tormenta?
 ¿Por qué miras de ese modo
 los picachos que blanquean,
 del Albortat,¹ á lo lejos?
 ¿Qué temes ó qué recelas?»
 Tal dijo Zaida al amir,
 con voz de dulzura llena,
 y Amad-Dola, levantando
 lentamente la cabeza,
 besando á Zaida en los ojos
 contestó de esta manera:
 —Recelos llenan mi mente
 é incertidumbres me ciegan:

aunque el cielo está sin nubes
 y no ruge aun la tormenta,
 conozco que ya muy pronto
 se desplomará con fuerza.
 Lo que ha de ser, está escrito:
 fué la conquista marea:
 vinimos de los desiertos
 donde crece la palmera,
 atravesamos la España
 que es el Eden del Profeta,
 por su cielo siempre azul
 sus mujeres hechiceras,
 y sus rios caudalosos
 que mil ciudades reflejan.
 Acorralamos al monte
 á los hijos de esta tierra,

(1) Albortat, Pirineos.

hoy estos del monte bajan,
 hoy decrece la marea;
 de su España nos arrojan
 cual vinimos, por la fuerza,
 y nos vuelven al desierto
 donde crece la palmera.
 Ruthad-el-Jehud,¹ nido de águilas
 colgado en la áspera sierra,
 hé aquí, huri de mis ojos,
 lo que à tu Amad-Dola espera.
 El *djihed-al-djehad*² predicamos
 y no vió nuestra soberbia
 que *Dios solo es vencedor*
 y hoy de su mano nosdeja.
 ¡Pobre patria y pobre reino
 regado con sangre nuestra!

—Reino y pátria lloras tú,
 —dijo Zaida—tambien reina
 yo era, en aquellos países
 que el sol en su Oriente besa,
 y donde el lotosagrado
 al Ganges sacro hermosea,
 en donde rugen los tigres,
 donde se crían las perlas,
 y donde chales finisimos
 ciñen cinturas esbeltas:
 Allá era reina tu Zaida...
 hoy léjos de aquellas tierras
 fuerza es les vuelva los ojos
 y el pensamiento á ellas vuelva,
 y ante tus tristes presagios
 llore y suspire por ellas.

Mas disipa tus pesares,
 Amad, olvida tus penas:
 Themín³ está á nuestra espalda:
 os cármenes de Valencia
 al noble Amirde Sarkosta
 asilo darán y fuerzas.
 Nunca allí nos faltará
 un cielo puro que alegre,
Misleidas donde elevar
 una sura al gran Profeta,
 un mar que bese tus plantas,
 y arrayanes y palmeras,
 á cuya sombra y en brazos
 de tu esclava y compañera,
 de Zaida el turgente seno
 sueños de amores te ofrezca.

—En vano mi Zaida, en vano
 consolarme, dulce, intentas,
 pues consuelo no hallaré
 si rueda de mi cabeza
 la corona más hermosa
 y más rica de la Iberia.⁴
 ¡Cuán distinta es ya de ayer!..
 Dyaka, Barbaschter y Weschka⁵
 florones son que el cristiano
 ha ido arrancándome de ella.
 Israfil⁶ ya con su espada
 de fuego, hirió las almenas
 de la Zuda pronto, pronto,
 rodarán, Zaida, sus piedras
 á hundirse en el hondo rio
 con nuestra gloria y grandeza.—

(1) Ruthad-el-Jehud, fortaleza da la sierra de Albarracin.

(2) *Djihed-al-djehad*, la guerra santa.

(3) Themín. Amir de Valencia.

(4) Así lo afirma Condé. Parte III cap. XXI.

(5) Jaca, Barbastro y Huesca hoy.

(6) Israfil: el Angel del juicio final.

Y en el seno de la hermosa
llorando sus tristes penas,
ocultó el amir Amad
su hermosa altiva cabeza.
De pronto, «mira—exclamó
Zaida—mira, algo se incendia
á lo léjos.»

En efecto
una llamarada inmensa
como serpiente de fuego
enróscase por la vega.
—Ellos son—gimió Amad-Dola—

estaba escrito.—Así era:
del sol al primer reflejo,
sobre una tajada peña
destácase un grupo de hombres:
en sus cascos centellea
el sol: gigantes parecen
ante los que Zaida tiembla.
Sobre ellos flota un pendon...
¡las barras aragonesas!
¡Es el invencible Alfonso!
¡Tiembla ya, Sarbosta, tiembla!

III.

ALFONSO EL BATALLADOR.

Él era, quien en Uruel
hizo solemne promesa
de no dejar al infiel
ni una rama de laurel,
ni una villa aragonesa.
Quien tras de sí, dejó estela
por sangre mora formada:
el que conquistó á Tudela,
é hizo temblar á Granada
como tímida gacela.
Quien hizo al señor, vasallo:
al héroe de Tadmír,¹
que á uno y otro altivo amir
á la cola del caballo
ató, su marcha al seguir.

Quien siempre miró triunfantes
sus armas y su pendon,
y rigió con discrecion
á los pueblos de gigantes,
á Nabarra y Aragon.
La gloria otorgóle ufana
distinciones peregrinas,
mas ¡ay! que una castellana
á aquella frente, liviana
puso corona de espinas.
Y si el rey lucha y batalla
es porque el pesar que encierra
de aquesta manera acalla...
¡cuántas tormentas encierra
aquella cota de malla!

IV.

Sobre la tajada roca
pára la hueste cristiana,

y gozoso el rey contempla
aquella hermosa sultana

(1) Tadmír: Murcia.

del Ebro que voluptuosa,
 y por el rio arrullada,
 por la floreciente vega
 se extiende mágica y blanca:
 la ciudad de sus ensueños,
 la que conquistar ansiara
 su manto de emperador,
 en los hombros, por echarla.
 Ante su vista se extiende
 la ciudad en anchas alas,
 con su roja y bella Azuda,
 minaretes y atalayas,
 ciudad mitad bizantina
 y por mitad musulmana,
 de moriscas azoteas,
 de filigranado alcazar,
 de revueltas callejuelas,
 de hermosísimas aljamas
 y de verdes miradores
 que en el rio se retratan,
 y de arábiga mezquita,
 obra digna de las hadas.
 Bosques de encinas y enebros
 se extienden, hasta dó alcanza
 la vista, y á la corriente
 inclinan sus verdes ramas,
 que rozan las frescas ondas
 cual si beberlas ansiaran;
 se pierde el rio á lo léjos

como ancha cinta de plata,
 entre verdes olivares
 que bordan sus lindes ambas,
 y besa el azul del cielo
 con sus ondas nacaradas.
 El sol, que va á trasponer
 del Moncayo, la más alta
 nevada cumbre, llamea
 en los adornos de plata
 que coronan los palacios
 que cabe el rio se alzan.
 Contempla el rey satisfecho
 tan hermoso panorama,
 y en su rostro, la alegría
 sus bellas tintas retrata.
 Ni un solo giron de bruma
 el azul del cielo empaña,
 y ni un recuerdo de pena
 la mente del rey embarga.
 Al fin, como sustrayéndose
 á aquella influencia extraña,
 exclamó así «*Dios lo quiere*»
 y de Alfonso á las palabras
Dios lo quiere, contestó
 toda la hueste cristiana:
Dios lo quiere rugió el rio,
Dios lo quiere gimió el aura,
 y *Dios lo quiere* repiten
 los ecos de las montañas.

EMILIO ALFARO MALUMBRES.

(Se concluirá).



LA CONQUISTA DE SARKOSTA.¹



(CONCLUSION.)

PARTE SEGUNDA.



DEU LI VOL (DIOS LO QUIERE).



I.

Pasaron días y días,
pasaron meses enteros,
y se agostaron las flores
y llegó, al fin, el invierno.
Moncayo cubrió de nieve
sus picachos gigantescos,
perdió el bosque su verdura
y tornóse turbio el Ebro,
y la sultana Sarkosta
se moría por momentos.
A su alrededor, Alfonso
puso un círculo de hierro:
por un lado está el monarca

y D. Gaston: al opuesto
extiende Rotron de Alperche
sus catalanes soberbios:
por el Huerva, D. Guillen
de Pamplona aprieta el cerco
con Lopez de Calahorra
y otros cien bravos guerreros,
como Almoravit Torrellas
Ladron Delet y el intrépido
Garcés de Estella y el bravo
Sanchez Aznar.—Todos ellos
des que á Sarkosta llegaron,
lograron nuevos trofeos,

(1) Véase pág. 428.

y tienen nuevos laureles,
 y tienen gloriosos hechos,
 que en el hogar, por las noches
 contar, después á otro invierno;
 tienen armaduras rotas,
 y mellado algún acero,
 varias cicatrices más
 y alguna sangre de ménos,
 que han batido bien el cobre,
 y hombre á hombre y cuerpo á
 como quien son se portaron
 y ¡porDios! que son muy buenos.
 Son los árabes tenaces
 y resisten con empeño,

aun cuando ya la esperanza
 no alumbraba su triste cielo.
 En vano mandó Temin
 por dos veces sus ejércitos...
 el barranco de la muerte
 creció por la sangre lleno
 y el mismo miró en Cutanda
 su rostro altivo y soberbio.
 manchado, al fin, por el polvo
 del afrentoso vencimiento.
 Cantar tan grandes hazañas
 empresa es que no acometo...
 ¡faltan cuerdas á mi lira
 de tan vibrantes acentos!

II.

Es una noche templada,
 nada su silencio turba,
 duerme rendida Sarkosta,
 á los rayos de la luna:
 en sus blancos alquiceles
 los vigías se arrebujan;
 en los álamos del río
 ténue el céfiro susurra

y retorciéndose, el Huerva
 entre las piedras murmura,
 ¡Santa paz, y cuando el día
 con sus esplendores surja
 rojos quedarán los muros;
 y chocando con loca furia
 y disputándose el triunfo
 la Cruz y la media-luna!

III.

EL ASALTO.

El día alboreaba allá á lo léjos:
 de grana y rosicler se tiñe el monte,
 luego de un sol de fuego los reflejos,
 al fin la luz llenando el horizonte.
 Con la luz, estruendosa gritería
 en la ciudad se alzó y el campamento;
 sonar de la marcial trompetería,
 y crugir de armas, bulla y movimiento.
 El rey, cubierto de maciza malla

sobre un palafren altivo espera,
 ceñido ya del casco de batalla
 que corona fantástica quimera.
 Relincha el bravo potro, con bravura,
 tasca el freno de plata y corbeteando
 hace crugir de Alfonso la armadura
 el pretal con la espuma salpicando.

En tanto D. Guillen, á la nabarra
 gente, así habló: «Llegó por fin la hora
 de arrancar á Sarkosta de la garra
 del tigre del Islam; Nuestra Señora
 vuestro espíritu anime desde lo alto.
 Confiad; el arcángel poderoso
 de Aralar guiaráanos al asalto....
 ¿quién no caerá á su empuje poderoso?
 Pronto al muro; la sangre de Anabaudo¹
 sacrificado en la terrible hoguera,
 por terrible venganza está clamando
 Dios concedernos la victoria quiera.»
 «Nabarra y San Miguel» todos clamaron:
 Cual huracan que en el desierto rueda
 al muro de Sarkosta se acercaron
 envueltos en la densa polvareda.
 Por donde el muro en la defensa afloja
 escalas ponen, mas en tal apuro
 el sitiado, del muro las arroja,
 mas el agua del foso aun no las moja
 pues ya están las escalas contra el muro.
 Metal hirviente arrojan los sitiados
 que horribles huecos en las huestes dejan,
 llenan los fosos cuerpos destrozados
 mas los nabarros en su afan no cejan.
 Suben al fin al muro: un alarido
 se eleva por doquier: el hondo agravio
 sordo á la compasion tiene su nido

(1) Anabaudo, obispo martirizado por Muza Abineza junto al Huerva.

en todo corazon: mordiendo el labio
luchan y hieren, con horrible ruido.
Se insulta y gime, se blasfema y reza,
á cada golpe un casco era deshecho,
cada maza aplastaba una cabeza,
cada estocadatraspasaba un pecho.
Unos y otros pelean cual valientes,
no hay golpe que una herida mortal no abra
se hiere con las manos, con los dientes
y se hiere, al morir, con la palabra.
Mientras el árabe así luchaba fiero,
entre nubes, terrible y esplendente
surge Miguel, contra la mora gente
esgrimiendo una espada toda fuego.
Nada del moro al pánico son vallas
y maldiciendo su terrible suerte
es Israfil el ángel de la muerte
exclama abandonando las murallas.
¡Victoria al fin! La gente se alborozaba.
Tras tanta muerte, sufrimiento y luto,
de homéricas hazañas como fruto,
ya es cristiana de nuevo Zaragoza.
¡Gloria á Navarra! De su ilustre historia
en las páginas de oro, eternamente
recordarán aquel hecho, que á su gente
dió tal grandeza, como justa gloria.

EMILIO ALFARO MALUMBRES.

